

POBLADORES

LUCHAS SOCIALES Y DEMOCRACIA EN CHILE

François Dubet
Eugenio Tironi
Vicente Espinoza
Eduardo Valenzuela

Diego Arango
TRADUCCIÓN



EDICIONES
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

POBLADORES. *Luchas sociales y democracia en Chile*

© François Dubet, Eugenio Tironi, Vicente Espinoza, Eduardo Valenzuela

Traducción: Diego Arango

Proyecto editorial: Alexis Cortés

Este libro fue publicado originalmente en francés con el título: *POBLADORES: luttes sociales et démocratie au Chili* – Copyright@L'Harmattan, Paris, 1989 – www.harmattan.fr

Ediciones Universidad Alberto Hurtado

Alameda 1869 - Santiago de Chile

mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726

www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile

Primera edición de 600 ejemplares: octubre de 2016

Este texto fue sometido al sistema de referato ciego

ISBN libro impreso: 978-956-357-081-6

ISBN libro digital: 978-956-357-082-3

Registro de propiedad intelectual N° 271.486

Dirección Colección Sociología: Personas, Organizaciones, Sociedad

Sebastián Ureta

Dirección editorial

Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva

Beatriz García Huidobro

Diseño de la colección y portada

Francisca Toral

Diagramación interior

Gloria Barrios A.

Imagen de portada: Mural sobre André Jarlan en Ranquil con 30 de octubre, La Victoria.

Fotografía de Christian Aguilar Olmos.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE GENERAL

AGRADECIMIENTOS	9
PRÓLOGO	
La intervención sociológica con pobladores, 30 años después <i>Alexis Cortés</i>	11
POST DATA 1. ¿Qué es la intervención sociológica? <i>François Dubet</i>	15
POST DATA 2. Revisitando <i>Pobladores. Luchas sociales y democracia en Chile</i> <i>Eugenio Tironi</i>	22
POST DATA 3. Los pobladores entonces y ahora. Movilización, comunidad y política <i>Vicente Espinoza</i>	33
POST DATA 4. Movimientos de protesta antes y ahora <i>Eduardo Valenzuela</i>	41
INTRODUCCIÓN	51
CAPÍTULO I	
¿QUIÉNES SON LOS POBLADORES?	59
CAPÍTULO II	
LAS TEORÍAS DE LA MARGINALIDAD EN LA SOCIOLOGÍA LATINOAMERICANA	71
CAPÍTULO III	
LOS PRINCIPIOS DEL ANÁLISIS	83
CAPÍTULO IV	
LA ACCIÓN REIVINDICATIVA	99

CAPÍTULO V	
LA PARTICIPACIÓN POPULISTA	111
CAPÍTULO VI	
LA DEFENSA DE LA COMUNIDAD	123
CAPÍTULO VII	
LA RUPTURA REVOLUCIONARIA	137
CAPÍTULO VIII	
¿EXISTE UN MOVIMIENTO DE POBLADORES?	151
CAPÍTULO IX	
EL “MOVIMIENTO” Y LOS POBLADORES	163
CAPÍTULO X	
UNA HISTORIA SOCIAL DE LAS LUCHAS DE LOS POBLADORES	175
CAPÍTULO XI	
LA SITUACIÓN CHILENA	195
CONCLUSIÓN	207
BIBLIOGRAFÍA	213
ANEXO METODOLÓGICO	219
LOS AUTORES	229

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de una investigación realizada conjuntamente por el Cadis, laboratorio de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, y por el grupo de investigación SUR en Santiago de Chile. Contó con el apoyo financiero del ministerio francés de relaciones exteriores. Michèle Goldstein, en la embajada de Francia en Santiago, acompañó el proceso colaborativo; sin ella y sin Régine Guyot en París nada de esto habría sido posible. Les agradecemos.

Agradecemos igualmente a los investigadores y miembros de SUR que apoyaron este estudio, especialmente a José Bengoa, Javier Martínez y Alfredo Rodríguez. Agradecemos también a Manuel Antonio Garretón.

Esta investigación se basó en los sólidos vínculos creados desde tiempo atrás entre Alain Touraine y los sociólogos chilenos. Agradecemos a Alain Touraine por habernos asociado.

De ninguna manera hubiera sido posible realizar este estudio, en tiempos de dictadura, sin la ayuda y el apoyo de los sacerdotes y trabajadores sociales de las *poblaciones* quienes contribuyeron a formar y acoger los grupos. Les agradecemos y sobre todo a Paulina Saball y Fernando Echeverría quienes actuaron como verdaderos investigadores en este estudio.

Finalmente, este libro pertenece a los *pobladores* quienes trabajaron con nosotros y se comprometieron con el análisis de su acción.

PRÓLOGO

LA INTERVENCIÓN SOCIOLOGICA CON POBLADORES, 30 AÑOS DESPUÉS

*Alexis Cortés*¹

Pobladores: luchas sociales y democracia en Chile, obra originalmente publicada en francés (1989) por la editorial L'Harmattan, presenta los resultados de la “intervención sociológica” —método tourainiano de estudio de los movimientos sociales— realizada al movimiento de pobladores chileno entre 1985 y 1986 en Santiago. Investigación que fue financiada por el Ministerio francés de Asuntos Extranjeros, gracias a la intermediación de Alain Touraine, cuyo laboratorio, el Cadis de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, se asoció al centro de estudios chileno SUR para llevar adelante esta investigación en plena dictadura militar.

Esta intervención se realizó en un momento clave para la definición de las estrategias de recuperación de la democracia en Chile. De manera simplificada, se podría decir que en el seno de la oposición a Pinochet se consolidaban dos grandes apuestas políticas: una vía movilizante que veía, sobre todo, en los pobladores el agente de ruptura privilegiado contra la dictadura; y una vía institucional, que buscaba capitalizar el itinerario de transición preestablecido por el régimen para recuperar la democracia de la manera menos abrupta posible. Precisamente esta intervención sociológica se realizó durante el auge y caída de aquella estrategia que consideraba a los pobladores como una “punta de lanza urbana”, parafraseando a Frantz Fanon, del derrocamiento de Pinochet.

La principal conclusión de esta investigación fue que el movimiento de pobladores era un movimiento social imposible, inclinado a la fragmentación y a la desintegración, incapaz, por tanto, de cuestionar los

1. Académico de la Universidad Alberto Hurtado. Investigador responsable del proyecto Fondecyt: “SUR y la construcción del anti-movimiento de pobladores: ciencias sociales, performatividad y movimientos sociales en Chile 1985-1995”.

contenidos culturales de la sociedad. La inconsistencia estatutaria de los pobladores, dada por la tensión de diferentes polos identitarios, consagraba su carácter de actor desarticulado, sin condiciones de poner en cuestión el sistema cultural imperante, proponiendo normas nuevas, por tanto, imposibilitado de constituirse como movimiento social. Si bien, en aquel entonces, otros autores ya habían apuntado la dificultad del movimiento de pobladores para articular lo social y lo político, consolidándose como un movimiento social —todos ellos lo hacían desde una clave tourainiana— la intervención sociológica proporcionó un marco conceptual, metodológico y empírico como ninguna otra investigación lo hizo antes.

De hecho, la intervención sociológica con el movimiento de pobladores representa un ejercicio único de aplicación de este método en América Latina por parte de uno de sus creadores, François Dubet. Además, supuso una alianza estratégica entre dos centros de gran prestigio académico: en primer lugar, el Cadis fundado por Alain Touraine, transmitía buena parte del prestigio de su fundador, quien por ese entonces probablemente era el sociólogo más influyente en el mundo; en segundo lugar, SUR era uno de los centros de investigación de alta calidad que proliferó durante la década de los 80 como una alternativa al sistema universitario que por esa época, particularmente en las ciencias sociales, vivía un proceso de desarticulación debido sobre todo a la exoneración y persecución de sus profesores. Ambos centros poseían un fuerte énfasis en la comprensión y teorización de la acción de los movimientos sociales y los actores populares.

François Dubet, uno de los colaboradores más estrechos de Alain Touraine y cofundador del método de intervención sociológica, fue el encargado de coordinar la investigación por el Cadis. Dubet venía de haber realizado su investigación con los jóvenes de la periferia parisina, *La Galère*, y ya había participado en varias intervenciones con el grupo fundador, siendo la más célebre la realizada en Polonia sobre el movimiento Solidaridad. Aunque este paso por la “cortina de hierro” le trajo más de algún inconveniente con las autoridades chilenas, la experiencia con el método fue fundamental para orientar las inquietudes del grupo chileno que, aunque con intereses comunes, era más bien diverso. Entre los investigadores de SUR se encontraban sociólogos que poseían una amplia experiencia de pesquisa con sujetos populares. Eugenio Tironi ya había

realizado destacados estudios sobre estratificación social, sobre las consecuencias de la implementación del neoliberalismo y sobre los pobladores mismos. Vicente Espinoza era un colaborador muy cercano a las Coordinadoras de Pobladores y había dirigido, junto con Alfredo Rodríguez en SUR, un Taller de Coyuntura en el que participaban algunos de los principales dirigentes del movimiento. Y, finalmente, Eduardo Valenzuela era uno de los más calificados estudiosos de la juventud popular chilena y, en particular, de sus manifestaciones de rebeldía en contra de la dictadura.

Este encuentro entre la academia francesa, a través de Cadis y Dubet, y la chilena, a través del grupo de SUR, puede ser considerado como un buen retrato de las ciencias sociales chilenas bajo la dictadura: una fuerte influencia internacional, altos estándares de investigación y una agenda centrada en la democratización. La publicación de esta obra en español, sin duda, contribuye a reconstruir un momento clave para las ciencias sociales de nuestro país. Además, representa un aporte a la actualización y revisita de un método que sigue generando interés por su especificidad: fue creado para estudiar a los movimientos sociales, pero también por su impacto sobre la realidad que busca estudiar.

De hecho, el historiador Gabriel Salazar, quien también era miembro de SUR, en su reciente propuesta de teorización de los movimientos sociales en Chile², ha revivido la polémica que lo enfrentó al grupo de investigadores que usó las nociones tourainianas de comprensión de los movimientos sociales. Salazar ha atribuido a los autores touranianos de finales de los años 80 un papel análogo al desempeñado por los *Chicago Boys* en la implementación del sistema neoliberal, pero esta vez en la legitimación de la transición pactada que lo perpetuará y que implicará la exclusión de los actores sociales que contribuyeron a la derrota de la dictadura, entre ellos, los pobladores. Aunque es probable que la apreciación de Salazar sea al menos exagerada, pues difícilmente algún otro grupo intelectual sea capaz de mostrar la unidad, la vocación mesiánica y el efecto sobre la realidad como el de Chicago, también pone de relieve la relación porosa que por ese entonces tuvieron política y ciencias sociales, y en particular la centralidad de algunas investigaciones para la construcción del relato de la transición.

2. Salazar, Gabriel. *Movimientos sociales en Chile: Trayectoria histórica y proyección política*. Santiago: Uqbar, 2013.

Si se considera este libro como uno de los trabajos más acabados de aplicación de las categorías y método tourainianos, bien se le podría imputar un papel clave no solo en la comprensión del movimiento de pobladores, como también en la construcción del imaginario que hizo posible el retorno democrático en los términos en los que finalmente se dio. Aunque hay un cierto consenso en las ciencias sociales respecto de la importancia de esta investigación para comprender tanto a los pobladores como a la transición democrática chilena, resulta paradójal el hecho de que la misma hasta ahora no haya estado disponible para el lector chileno en su propio idioma.

La edición en español de esta obra, además presenta un ejercicio de memoria académica inusual en las ciencias sociales. Los cuatro coautores han tenido la oportunidad de volver sobre sus resultados y reflexionar, 30 años después de realizada la investigación, sobre la trascendencia y vigencia de esta intervención sociológica con los pobladores.

En momentos en que la sociedad chilena parece empeñada en cuestionar las coordenadas que marcaron el retorno a la democracia y en un tiempo en que es posible testimoniar nuevos esfuerzos por parte del movimiento de pobladores por rearticularse, la lectura de este libro no solo nos presenta un sofisticado retrato del Chile y de los pobladores de aquel entonces, sino que nos puede decir mucho sobre lo que la sociedad chilena y los pobladores desean ser hoy.

POST DATA I ¿QUÉ ES LA INTERVENCIÓN SOCIOLÓGICA?

François Dubet

En el campo de las ciencias humanas y sociales, las cuestiones de método no son solo asuntos de técnicas de encuestas y de tratamiento de datos. Efectivamente, cada método pone en juego una concepción del actor social, de sus capacidades de acción y de reflexión, una concepción de relaciones sociales y, por último, una concepción de la sociedad. Un método es, por lo tanto, un punto de vista y una apuesta sobre la “naturaleza humana” y sobre la naturaleza de la vida social. Todos los métodos ven el mundo social de manera diferente.

Esta afirmación no significa que debiese existir únicamente un método, sino, al contrario, más bien subraya el hecho de que cada método descansa en elecciones antropológicas y morales implícitas y que estas opciones definen su validez y su alcance. Por ejemplo, el método más rutinario de los sociólogos, el de las encuestas y los sondeos, consiste en entrecruzar opiniones subjetivas —las actitudes políticas, los valores, las maneras de vivir, etc.— y situaciones objetivas —la clase social, el nivel de ingreso, el sexo, los diplomas, etc.—. Cuando la correlación es fuerte entre estos dos conjuntos, el sociólogo deduce que la acción “responde” a una situación y el todo constituye un sistema que llamamos la sociedad. La observación y la entrevista antropológica postulan que la acción es la expresión de códigos y de modelos culturales interiorizados por los actores y que estos *habitus* explican las conductas. Los defensores de la acción racional postulan que la encuesta debe iluminar las racionalidades de las elecciones realizadas por los actores en función de sus intereses y de las constricciones de las situaciones; los métodos estudian, por lo tanto, las elecciones, los juegos y las estrategias.

Ningún método excluye a los otros y todos nos dicen alguna cosa de la naturaleza de la vida social. Lo pertinente es saber lo que nos puede

decir y explicar un método, sabiendo que ninguno puede pretender dar cuenta totalmente de la “realidad”.

Pobladores en tanto producto de una investigación conducida por el método de intervención sociológica, es subsidiario del valor y las debilidades del mismo método, en relación a la validez de lo que puede afirmar y tanto a lo que permite ver y decir, como a lo que impide ver y decir.

La intervención sociológica nació en el particular contexto intelectual y social de la Francia de los años 70. La sociedad francesa se percibía entonces como una sociedad industrial en mutación hacia una sociedad postindustrial. ¿Qué significa esta fórmula? Representada en primer lugar como una sociedad industrial, la sociedad francesa parecía instalada en una estructura social simultáneamente estable y conflictiva, dominada por el “funcionalismo” de la sociedad y por las oposiciones de clase. Esta imagen instaló el reino de una sociología que se podría definir como funcionalista y marxista según la cual los actores se conducen como lo exigen las constricciones del sistema. Los movimientos sociales son percibidos como la expresión de las contradicciones del sistema: frustración relativa, anomia, crisis de los mecanismos de integración y de institucionalización de conflictos. Extrañamente, mientras que el movimiento obrero habría conseguido dominar la escena social, los estudios consagrados al militante y a la conciencia de clase continuaban siendo relativamente escasos, siendo aún más raro el hecho de que la influencia del marxismo le otorgaba el privilegio de la conciencia a los intelectuales y a las vanguardias sobre las “masas”, las que pocas veces eran consultadas.

Pero los años 70 eran también el momento en el que esta visión se erosionaba frente a las mutaciones sociales y culturales que hicieron emerger nuevas sensibilidades y nuevos movimientos sociales. Por un lado, la extensión de las industrias culturales, del nivel de consumo y de la educación, aumentaron las aspiraciones de igualdad y autonomía personales, ampliando el acceso a modelos individualistas de clases medias y a una sensibilidad crítica encarnada por los movimientos estudiantiles del mayo del 68 francés. Por otra parte, nuevos movimientos sociales se manifestaban al lado del movimiento obrero: movimientos feministas, ecologistas, sexuales; los que no entraban más en las categorías del movimiento obrero y que ponían en cuestión otras formas de dominación y no solo el capitalismo.

Es en este contexto que, a mediados de los años 70, Alain Touraine lanzó un amplio programa de investigación consagrado a los “nuevos

movimientos sociales”, lo que exigía interesarse, ante todo, en la subjetividad de estos nuevos actores y de inventar un método capaz de estudiarlos y comprenderlos.

La intervención sociológica está fundada sobre una teoría de la acción social que se puede definir, en términos simples, de la manera siguiente: la acción social y, sobre todo, los movimientos sociales, son definidos por una forma de conciencia caracterizada por tres grandes dimensiones. La primera es la de la *identidad*, la manera en la cual los actores se definen a sí mismos en función de dimensiones que ellos movilizan en la acción: el trabajo, la cultura, las desigualdades sociales, etc. La segunda dimensión es la del principio de *oposición*: los actores sociales se definen en contra de adversarios o de mecanismos sociales que se oponen a sus proyectos de emancipación, de justicia o de libertad. Finalmente, los movimientos sociales se enfrentan en un campo común a los movimientos y a sus adversarios y cuyo control es el *enjeux*¹ de los movimientos sociales: es lo que Alain Touraine denomina el principio de *totalidad*. Lo que está en juego en la intervención sociológica es intentar definir este conjunto y comprender así cuál es la forma y el contenido de la conciencia de los actores, su conciencia de sí, de sus adversarios y del *enjeux* de sus relaciones. ¿Cuál era la identidad de los nuevos movimientos, contra qué actores se definían y en nombre de cuáles principios y valores?

Para responder a estas preguntas, no es suficiente preguntar a los individuos qué es lo que piensan, es necesario construir un dispositivo de investigación dirigido por una doble obligación. La primera de ellas consiste en situar a los actores en las relaciones sociales significativas para su acción, con el fin de que el despliegue de imaginarios e ideologías sea puesto a prueba de las relaciones sociales. Así, más que pedir a una serie de individuos que digan lo que piensan y cómo actúan, se constituyen grupos de actores, a menudo militantes, que son confrontados a sus adversarios y a sus aliados. Importa menos saber lo que los actores piensan los unos de los otros que lo que ellos se dicen y lo que les opone verdaderamente, lo que les une y lo que les separa. Nos importaba menos saber lo que los ecologistas pensaban de la naturaleza que lo que les ligaba y les oponía a los científicos, a los actores económicos y a las comunidades a nombre de las cuales luchaban.

1. *Enjeux* quiere decir en francés aquello que está en juego en una lucha y ha sido traducido como la apuesta o el objetivo por el que se lucha. N. del T.

La segunda obligación revela un postulado epistemológico, el de la necesidad de establecer un diálogo entre los puntos de vista desarrollados por los actores y los análisis de los sociólogos. En la intervención sociológica no es suficiente registrar los propósitos de los actores para interpretarlos, como es habitual, en función de una matriz teórica preestablecida, sino más bien es necesario que los sociólogos confronten sus análisis con las interpretaciones de los actores que han participado de la investigación. Esto es, sin duda, el aspecto más original y el menos natural del método. Por un lado, los actores son invitados a reflexionar sobre su acción y sobre su experiencia, pero no son solamente testigos. Por otro lado, los sociólogos proponen sus análisis a los actores que siempre tienen la posibilidad de refutarlos, de enmendarlos o de desarrollarlos. Se crea, por lo tanto, un doble mecanismo de diálogo y de control que busca incrementar la reflexividad de los actores y de someter a los investigadores a fuertes restricciones en la medida que aceptan confrontar sus análisis al de los actores.

Esta regla es, sin duda, la menos natural posible en el mundo de los métodos que buscan casi siempre mantener una barrera de distancia y objetividad entre los actores y los investigadores. En la intervención sociológica, esta distancia epistemológica es menos una ruptura que una suerte de diálogo organizado y dirigido. Los investigadores organizan debates entre actores sociales y les proponen análisis de su trabajo. Ellos no solo someten sus hipótesis a las reglas habituales de la comunidad científica, sino que también se las proponen a los actores que aportaron el material de investigación y que han aceptado comprometerse en un largo trabajo.

¿Cómo se desenvuelve una intervención sociológica? Una vez definido el objeto de la investigación, la lucha o el movimiento, importa constituir muchos grupos compuestos de individuos comprometidos en la lucha y dispuestos a consagrar una decena de reuniones para un trabajo colectivo. Estos grupos deben ser “representativos” de diversas tendencias de un movimiento, sin que los individuos representen otra cosa que no sea ellos mismos, puesto que no son los voceros de las diversas organizaciones. En efecto, estos individuos escogen, en primer lugar, participar en un trabajo de reflexión que les ofrece un espacio de libertad, en tanto estos grupos no son ni un micro-parlamento ni un espacio de decisión.

Una vez constituidos, lo que exige un largo trabajo de los investigadores, estos grupos se encuentran con numerosos interlocutores significativos a los ojos de los propios actores y los investigadores: adversarios,

militantes, intelectuales y responsables políticos... Estos encuentros funcionan como catalizadores y como un principio de realidad, ya que no se dicen las mismas cosas si se está ante un despliegue de representaciones o si se está en una relación social. No se dice la misma cosa de empresarios o de policías en su ausencia o si hablamos ante ellos. Precisamente porque se despliega de esa manera el espacio de relaciones sociales, es importante que la intervención sociológica no ponga en relación actores que tengan relaciones “reales” en la vida “real”, con el fin de que nada se negocie y que cada uno se sienta libre de decir lo que piensa.

Todo este proceso crea desajustes, sorpresas entre lo que se observa en la vida de los grupos y lo que la ideología de los actores constituidos permite anticipar. Es a partir de estos desajustes que los sociólogos intervienen, proponen análisis e interpretaciones, ponen a prueba sus teorías y sus ideologías. Mientras más numerosos los grupos, más largo es el trabajo, más los investigadores construyen un cuadro experimental rico y más el material de investigación resiste a los investigadores, más es científicamente sólido en su capacidad de poner en evidencia lógicas de acción.

La intervención sociológica ha sido construida para estudiar movimientos sociales y, entre mediados de los años 70 y el inicio de los años 80, el equipo formado por Alain Touraine, Michel Wieviorka y yo mismo, ha estudiado numerosas luchas sociales: el movimiento estudiantil, las luchas antinucleares, las luchas regionalistas, el movimiento obrero y, en 1981, habíamos consagrado una investigación para estudiar el movimiento Solidaridad (*Solidarnosc*) en Polonia.

Pero el devenir de los años, ha hecho evidente que cambiamos de periodo y que la investigación de nuevos movimientos sociales nos dejaba un balance ambiguo: nuevas luchas sociales no anunciaban el nacimiento del movimiento social de la sociedad postindustrial que habría de suceder al movimiento obrero. Observamos más bien un conjunto compuesto de luchas dispersas: luchas culturales como los movimientos feministas y luchas de diversas minorías por su reconocimiento, combates democráticos por la extensión de derechos y el rechazo de tiranías, luchas sociales tradicionales alrededor de intereses económicos...

Progresivamente, la intervención sociológica ha sido puesta a prueba en otros objetos distintos a los movimientos sociales. Michel Wieviorka estudió el terrorismo y el racismo situados en las antípodas de los nuevos movimientos. François Dubet ha desarrollado todo un programa de

investigación consagrado al estudio de ciertas experiencias sociales: la de los jóvenes marginales de barrios populares, la de los alumnos y estudiantes, la de ciertas actividades profesionales... En los años 2000, estudié los sentimientos de injusticia y la experiencia de discriminaciones utilizando la intervención sociológica. En el transcurso de estos años, el método de intervención sociológica se ha alejado progresivamente de su objeto inicial, los movimientos sociales, con el fin de comprender cómo se construye la experiencia más banal de los actores sociales.

Resulta que este método de investigación no ha tenido el desarrollo que podríamos esperar fuera del pequeño grupo inicial y de la red de investigadores que se constituyó en torno al Cadis. Aunque es verdad que este método es extremadamente productivo, continúa oneroso, ya que exige la formación de muchos grupos de actores que se reúnen durante un largo periodo, de la misma manera implica la formación de un equipo de investigadores que trabajen juntos sobre un mismo objeto y sobre el mismo terreno. Un único investigador no puede conducir una intervención sociológica. Pero, yo creo que la mayor resistencia a este método viene del profundo desplazamiento de la posición del investigador, pues hace de la relación del investigador y de su objeto el objeto mismo de sus análisis y, sobre todo, porque exige que el investigador someta sus análisis a la discusión y a la crítica de aquellas y aquellos que estudia. Renuncia así al confort y al privilegio de una postura objetivista, puesto que debe someter sus análisis a aquellos actores a los que conduce a reflexionar sobre su acción y sobre su experiencia. El sociólogo no es ni el simple testigo de lo que piensan los actores, ni el teórico que sabe, mejor que los individuos, lo que ellos piensan y hacen.

Mi encuentro y mi trabajo con el grupo de SUR en 1986 ha sido uno de los hechos más importantes de mi vida intelectual y personal. Mis amigos de SUR necesitaban mucho coraje, constancia y tenacidad para mantener una vida intelectual y científica independiente y libre fuera de la vida académica oficial y bajo las botas de una dictadura que no había renunciado a la amenaza. Pero era necesario incluso mucho más coraje y gusto por la libertad para emanciparse de las maneras de pensar que idealizaban tanto las resistencias y los movimientos populares, como participar de un relato histórico y social que la investigación no deseaba poner a prueba. En una doble filiación romántica y vagamente leninista, se podría preferir al pueblo y los movimientos populares tal cual deberían ser, al

pueblo y a los movimientos tal cual eran realmente. ¿Por qué hacer encuestas cuando la teoría dominante y el sentido de la historia parecerían haber ya escrito todo, cuándo se sabía aquellos que las personas piensan “verdaderamente” sin que sea necesario preguntarles?

En este contexto, construir una intervención sociológica es tomar el riesgo de errar y de no ver los hechos confirmar las propias creencias. Este riesgo, mis amigos de SUR lo tomaron y es a la vez su más grande virtud. Lo que pasó en Chile después es otra historia, pero *Pobladores* contribuyó elaborando una investigación basada en un principio de libertad.

POST DATA 2
REVISITANDO *POBLADORES. LUCHAS SOCIALES*
Y DEMOCRACIA EN CHILE

Eugenio Tironi

La investigación en que se basa este libro se realizó en Santiago hace treinta años. Era plena época de “protestas”, esas grandes movilizaciones ciudadanas que se repetían ritualmente cada mes para alegar contra la situación económica y condenar a la dictadura. Formábamos parte de SUR, un centro de investigación y educación popular independiente que persiste hasta hoy. La pregunta que nos hacíamos entonces era si acaso los pobladores podrían transformarse en la fuerza social que derrocaría a la dictadura. No creíamos ya que esto fuese a ocurrir por efecto de la movilización de los trabajadores, pues la desindustrialización de una parte, y la represión y el Plan Laboral por la otra, los habían dejado muy debilitados. Con Javier Martínez habíamos escrito un libro en que nos referíamos precisamente a esto, al debilitamiento estructural del mundo obrero en el contexto de una fragmentación del sistema de clases¹. De los estudiantes ni hablar: en ese entonces, a diferencia de ahora, eran demasiado pocos como para provocar un cambio de esta envergadura. Los que quedaban eran los pobladores, los “marginales” o “pobres de la ciudad”, como alguna vez se los llamó, que eran de hecho los protagonistas primordiales de las protestas. En ellos estaba depositada la ilusión.

Eso fue lo que nos condujo a esta investigación: conocer el potencial de los pobladores como fuerza capaz de acabar con Pinochet. Y esto fue lo que nos motivó a replicar en Chile el método de la “intervención sociológica” creado por Alain Touraine. Sabíamos que este había sido empleado con el afán de comprender movimientos como el del sindicato Solidaridad en Polonia, o los movimientos estudiantiles, feministas y los regionalismos en Francia. La confianza de Touraine y su corriente en el

1. Martínez Javier y Tironi Eugenio. *Clases sociales en Chile. Cambios y estratificación, 1970-1980*. Santiago: SUR, 1985.

conocimiento surgido “desde abajo”, desde los actores sociales mismos, coincidía de maravillas, por lo demás, con la tradición de SUR y de nosotros, los investigadores, que habíamos militado en la corriente del MAPU ligada al poder y a la educación popular.

¿Qué lecciones dejó esa investigación, mirada con 30 años de distancia? La respuesta se puede abordar desde dos puntos de vista: el político y el metodológico o epistemológico. Partamos por el primero.

Recordemos, para empezar, la conclusión básica de la investigación: que contrariamente a lo que suponíamos y esperábamos, los pobladores no eran un movimiento social; que eran apenas una etiqueta dentro de la cual cabían realidades, demandas sociales y lógicas de acción muy diversas. Así lo señala el libro en su Conclusión. “El mundo de los pobladores es más individualista y está más amenazado por la desorganización de lo que uno quisiera creer”. Nada indica que estemos ante un “pueblo paria” que podría desencadenar una “explosión revolucionaria”. Tampoco ante un grupo encerrado en una cultura propia y excluyente: los pobladores en realidad comparten plenamente los valores del resto de los chilenos y tienen reivindicaciones muy concretas frente al Estado. En fin, los pobladores no descansan en un conflicto de clase, no están organizados y carecen de un proyecto alternativo al de la clase dominante. Por todo esto, concluíamos, no son propiamente un “movimiento social”.

Era una conclusión dolorosa, pues echaba por tierra las ilusiones que muchos de nosotros nos habíamos hecho del potencial revolucionario o insurreccional de los pobladores —ilusión que, hasta cierto punto, era ni más ni menos que la razón de ser de SUR—. Creo que jamás habríamos llegado a esta conclusión de manera tan tajante sin la intervención de François Dubet. Quien tenía la virtud, primero, por ser extranjero, de que no estaba contaminado por el voluntarismo político ni la ceguera ideológica que rondaba sobre nosotros, los investigadores chilenos; y segundo, Dubet era quien conocía la metodología, velaba por el cumplimiento de sus protocolos y sabía interpretar sus resultados. De ahí entonces que cuando Dubet nos dijo, “perdonen, pero esto no es un movimiento social”, la cuestión quedó zanjada.

Como decíamos, dicha conclusión era cualquier cosa menos baladí. A nosotros al menos, los de SUR, nos cambió totalmente la perspectiva. Si los pobladores no eran un movimiento social y no podían botar a Pinochet —como tampoco lo harían los trabajadores o los estudiantes—, ¿quién

lo haría entonces? No habiendo movimiento social, no quedaba más que apelar a los actores políticos y a una salida a través del sistema político, no a través de una rebelión social. Esto no está dicho explícitamente en el libro, pero se insinúa, y así lo conversamos numerosas veces con Dubet. Esta era, lo repito, una conclusión dolorosa, por SUR y por nuestra trayectoria, que nos conducía a abogar por salidas desde abajo (*bottom-up*) y desde los agente sociales, no por arriba y desde los actores políticos. Por algo éramos SUR, no Flacso, el centro de investigación más cercano a la otra corriente histórica del MAPU, la más política y superestructural.

Pero ni modo: esa era la conclusión y la asumimos. Nos pusimos a la tarea de idear una salida política. Tanto así que el propio SUR, junto con otros dos centros, el ILET y el CED, creamos un consorcio (el CIS) destinado a diseñar una estrategia y producir contenidos para ganar el plebiscito que el propio régimen tenía previsto en los años siguientes. Este, inferíamos, era la única posibilidad al alcance para terminar con la dictadura y nos abocamos a convencer a los actores políticos de participar en él.

Pero el impacto político de esta investigación, al menos desde el punto de vista de los que participamos en ella, no terminó ahí. En lo que a mí respecta, cuando llegó la hora de idear la estrategia del NO y luego los contenidos de la Franja de TV, volvió a aflorar lo que aprendimos de los pobladores. Se me había quedado grabada una observación de François Dubet: “Confesémoslo: como sociólogo ajeno a la sociedad chilena, esto es, a la vez distante y prisionero de clichés, estamos impresionados por el tono de su testimonio, por la inclinación hacia los temas morales y religiosos”. De hecho los pobladores usaban constantemente categorías como “salvación, castigo, pueblo de Dios, defensa de la vida”. Esto nos llevó a concluir que “cuando el vínculo social está amenazado a la vez por la dictadura y por el hiper-liberalismo económico, las capacidades para afirmarse como sujeto y los sueños de reconciliación se dirigen hacia lo religioso”. Cuando escribimos este comentario no imaginábamos que, apenas unos meses después, ello sería confirmado a raíz de la visita que hiciera a Chile Juan Pablo II. Todo lo cual influyó a que tanto la estrategia del NO como la franja de propaganda televisiva terminaran teñidas de un tono y un mensaje religioso.

La investigación de los pobladores nos ayudó también a identificar cuál era nuestro verdadero enemigo. No era Pinochet, era el miedo. El sentimiento de “vulnerabilidad, de debilidad personal, de angustia por no

tener control sobre la propia vida”². La humillación y el deterioro de la autoestima personal frente al poder absoluto del Estado. Lo cual conducía a la gente al retraimiento, a volcarse hacia sí misma y desentenderse de lo que ocurría a escala del país. Frente a esto, sostuvimos que la conducta de la oposición estaba equivocada y le hacía el juego a Pinochet. Esta, “al poner todo su énfasis en la denuncia del régimen, termina magnificándolo y provocando miedo, impotencia y escepticismo”. Propusimos un nuevo enfoque: renunciar a “la queja, la denuncia y el escepticismo”, y presentar el plebiscito como una oportunidad concreta para desembarazarnos de Pinochet; dejar de actuar como “profesionales de la denuncia” y comenzar a actuar como “profetas de la esperanza”. El nuevo enfoque, en suma, implicaba hacer del plebiscito un camino de reconciliación y salvación. Lo mismo que pedían los pobladores.

Dejemos hasta aquí las lecciones que dejó la investigación sobre los pobladores en el ámbito político. Pasemos ahora a las de carácter epistemológico o metodológico.

La intervención sociológica (IS) se presenta como un método para “el estudio de las conductas colectivas por las cuales las formas de organización colectiva son producidas como resultado de conflictos sociales por el control y apropiación de los patrones culturales a través de los cuales una colectividad construye de manera normativa sus relaciones con un entorno”³. La IS, en palabras simples, es el método para el estudio de los movimientos sociales, y como decíamos más arriba, esto fue lo que nos motivó a aplicarlo en el caso de los pobladores. Curiosamente, sin embargo, el propio método nos condujo a la conclusión de que estos no eran un movimiento social, lo que habla bien del método —y de paso, de los investigadores.

El método de la IS está concebido para “hacer emerger el actor”, para sacar a la superficie las relaciones sociales escondidas tras discursos ideológicos, políticos o económicos que los toman como agentes pasivos de estructuras meta-sociales, no como actores propiamente tales⁴. Esto

2. Las frases entre comillas corresponden a notas escritas en la época. Ver Tironi Eugenio, *Sin miedo, sin odio, sin violencia. Una historia personal del NO*. Santiago: Ariel, 2013.

3. Touraine Alain, “Introduction a la méthode de l’intervention sociologique”. En *La Méthode de L’Intervention Sociologique*. Paris: Atelier d’Intervention Sociologique, s/f.

4. En lo que viene a continuación me baso abundantemente en Cousin Olivier y Rui Sandrine, *L’Intervention Sociologique. Histoire(s) el actualités d’une méthode*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2010.

ocurre cuando se consigue producir un trabajo analítico de los actores sobre ellos mismos, proceso a través del cual estos logran descubrir por sí mismos “el sentido de sus prácticas”⁵. Con este fin la IS crea una situación artificial, una suerte de laboratorio; lo que Cousin y Rui llaman “condiciones no ordinarias de diálogo”. Para tal efecto constituye artificialmente pequeños grupos, de no más de 15 miembros, formados por personas “lo más próximas posibles de la prácticas reales del movimiento”⁶. La finalidad de estos grupos no es resolver un problema, atacar una controversia o negociar una diferencia, sino únicamente emprender el autoanálisis de las prácticas en las que participan, y, por esta vía, acceder a conocer relaciones sociales que no están en la superficie. Los grupos de IS, en suma, son espacios de investigación, constituidos explícitamente como tales, en los que se recrean, en condiciones de laboratorio, las confrontaciones que existen en la vida real con la finalidad de examinar si de ellas surge una lucha o movimiento social.

Con tal finalidad los grupos de IS son sometidos a una doble confrontación: con los “interlocutores” y con los “sociólogos” o investigadores. De lo que se trata, dice Touraine, es de “poner al actor en relación con sus adversarios y aliados para superar sus racionalizaciones y dar una base realista a su trabajo sobre sí mismo”⁷ y evitar así que los miembros del grupo se encierren en sus opiniones o ideologías. Los “interlocutores”, señalan Cousin y Rui, son personas que “encarnan el entorno social, político y cultural en el que evolucionan los actores”. Los hay de dos tipos, y ambos deben estar presentes: los “adversarios”, aquellos que despiertan en el grupo el sentimiento de oposición y los “aliados”, los que desatan más bien sentimientos de identificación. Desde el punto de vista de la IS, la presencia de los “interlocutores” rompe con la separación tradicional entre actor y sistema, y permite estudiar a los primeros en vivo, en tiempo real, a partir de las relaciones que establecen con ellos los grupos, que son una suerte de representación en miniatura de una relación social más general.

El segundo tipo de confrontación al que son sometidos los grupos de IS viene del lado de los “sociólogos” o investigadores, que se dividen también en dos tipos: el “intérprete”, que como el interlocutor “aliado”

5. Touraine, *op. cit.*

6. Touraine, *op. cit.*

7. Touraine, 1978, citado por Cousin y Rui, *op. cit.*

está orientado a empatizar con el grupo y a sacar de él todos los elementos que sean útiles para el autoanálisis, y el “analista”, quien en forma parecida al interlocutor “adversario”, establece con el grupo una relación de exterioridad, fría, incluso crítica, en especial de las respuestas simples o ideológica. Todo esto desemboca, al final, en sesiones donde los investigadores van proponiendo “una interpretación sociológica de la acción”⁸; no de lo ocurrido en el grupo como tal —esto sería lo que diferencia a la IS de los métodos de corte psicológico—, sino de la situación social general en que este está situado. Esta fase la IS la llama “restitución”. En ella las hipótesis de los investigadores son discutidas e impugnadas por los grupos, hasta llegar a un momento intelectual y emocionalmente muy delicado en el cual el grupo asume como suya una determinada interpretación de su práctica, la cual generalmente está muy alejada de las convicciones e ideologías de los integrantes del grupo. Esto es lo que la IS llama la “conversión”, la cual se materializa en el momento en que los grupos se reconocen en la interpretación general propuesta por los investigadores, y reconocen que tal interpretación multiplica su capacidad de acción.

Como se puede apreciar la IS es un “psicodrama” donde el “sociólogo” o investigador tiene el rol principal. Es él quien convoca, organiza, anima, encauza, interpreta, elabora, lanza hipótesis y las defiende. Todo esto supone para el investigador un compromiso de proporciones. Exige tiempo, exposición personal, empatía y a la vez distancia analítica, tolerancia a la frustración, aparte de un fuerte desgaste físico y emocional. A esto se suma algo adicional: la exigencia hacia el “sociólogo” o investigador de una capacidad de análisis sobre sí mismo, sobre lo que a él o ella le ocurre en el proceso mismo de la investigación. Como señala Touraine, el propósito de la IS “no es estudiar el objeto, sino la relación del investigador con el objeto, dando al investigador un rol esencial”⁹.

Touraine no es explícito sobre la materia, pero es evidente que la IS tiene una fuerte conexión con la teoría psicoanalítica y el llamado “sociopsicoanálisis”. Comparten la misma pretensión de sacar a la superficie, mediante el lenguaje, vivencias o relaciones que están hundidas o reprimidas. Comparten también la aspiración a conseguir que el actor (el individuo o el movimiento social), consiga una mayor capacidad de acción

8. Cousin y Rui, *op. cit.*

9. Citado por Cousin y Rui, *op. cit.*

por la vía de adquirir una mayor consciencia sobre sí mismo. Comparten la misma importancia asignada a la creación de una situación artificial, en un espacio o *setting* predeterminado, con protocolos convenidos y aceptados por las dos partes, analista y analizado. Comparten, en fin, la idea de que el objeto último del proceso es el estudio de la relación entre el analista y analizado, en un caso, y del grupo y el sociólogo, en el otro; relación marcada por lo que el psicoanálisis denomina “transferencia” y “contratransferencia”, y la IS llama “interpretación”, “análisis”, “restitución” y “conversión”.

Se ha destacado, asimismo, la relación entre la IS y la “educación popular” de Paulo Freire. En ambos casos, en efecto, se trata de procesos destinados a sacar a la superficie lo que saben los “ignorantes” a través del diálogo y la reflexión, donde las dos partes, los educados y los educandos, se transforman recíprocamente con un efecto liberador para ambos. Esta simetría está en oposición a la figura del líder, profesor o intelectual que se sitúa por encima de la gente para explicarles el sentido de su acción.

La IS tiene también numerosas similitudes con los “Foros Híbridos” (FH) de los que hablan Bruno Latour y la ANT (Actor Network Theory¹⁰). Me voy a detener para observar algo más detenidamente las similitudes y diferencias entre ambos enfoques, toda vez que últimamente he estado interesado por este último y lo hemos empleado para el trabajo de consultoría¹¹.

Los FH, al igual que los grupos de IS, son espacios artificiales formados espontánea o inductivamente en los que se ponen en escena “controversias socio-técnicas” con la participación de actores sociales y políticos, de un lado, y científicos y expertos del otro. La ANT llama controversias a los dilemas y debates provocados por desbordes engendrados por el avance de la ciencia y de la técnica, donde situaciones que parecían perfectamente equilibradas y administradas de pronto se arrancan del control de sus creadores o gestores, lo que suscita la alarma en grupos más o menos amplios de la población. Estas disputas tratan materias tecnocientíficas sobre las cuales no hay consenso en la comunidad de los expertos y se topan además con dimensiones morales, culturales, económicas y políticas. Casos de desbordes y controversias socio-técnicas son la crisis

10. Ver *Agir dans un monde incertain. Essai sur la démocratie technique*, Callon Michel, Lascoumes Pierre y Barthe Yannick. Paris: Seuil, 2001.

11. Ver Tironi Eugenio, *Abierta. Gestión de controversias y justificaciones*. Santiago: Uqbar, 2011.

ecológica, los dilemas bioéticos, los desbalances del desarrollo, los organismos genéticamente modificados, el cambio climático. Desde el punto de vista de la ANT las controversias socio-técnicas no son anomalías que habría que evitar o eliminar: al contrario, son la palanca que hace avanzar el conocimiento.

Al igual como los grupos de IS apuntan a comprender los movimientos sociales, y no a resolver diferencias o negociar expectativas, los FH apuntan a ampliar el conocimiento acerca de la controversia socio-técnica en cuestión. Lo hace bajando a la tecno-ciencia del pedestal, haciendo emerger problemas que los expertos no ven ni comprenden, reconociendo la riqueza y la pertinencia de los saberes provenientes de los no especialistas, en especial por los grupos directamente afectados por el desborde, sean vecinos, pacientes, consumidores, pueblos originarios, etc. Los FH colocan en una situación de simetría a las más diversas actores, ontologías, lenguajes e intereses, representados por actores (o “actantes”, como los llama la ANT) que no pueden ni quieren anularse unos a otros, pues están afectados por el mismo desborde y preocupados por la misma controversia, y se necesitan uno a otro para alcanzar un “mundo en común”. Los FH, en suma, son espacios de “pluralismo ontológico”, como le llama Latour. Suponen la desacralización del saber científico y el “empoderamiento” del conocimiento de los profanos, tradicionalmente estigmatizado como “mitos”, “supersticiones”, “creencias” o “ideologías”.

En cuanto a la dinámica de un FH, la regla básica es la disposición y compromiso de todos quienes participan en ellos de escuchar a los otros, responder con precisión a sus argumentos y formular contra-proposiciones. Callon y sus colegas proponen algunos pasos —aunque nunca con el detalle que lo hace Touraine para el caso de la IS—. El abordaje de cualquier controversia socio-técnica, señalan, tiene que partir por hacer el inventario del desborde a partir de la experiencia, el conocimiento y punto de vista de los diferentes actores. En seguida, se debe hacer el arqueo de las conexiones o lazos que hay entre el desborde en cuestión y otros problemas preexistentes o en desarrollo. El tercer paso es poner sobre la mesa las diferentes visiones y opciones que proponen los actores, para explorarlas entre todos. El cuarto paso y final es “componer un mundo en común”, el cual será tal en tanto sea percibido como tal por los actores que participan. Este “mundo común”, sin embargo, no es nunca definitivo, pues no hay conocimiento posible que pueda cerrar una controversia

socio-técnica: es un “mundo común” siempre abierto a transformación en la medida que se alcance nuevo conocimiento.

Como se puede observar, las similitudes entre la IS y los FH son numerosas. Ambas están motivadas por hacer avanzar el conocimiento, no por la solución de diferencias o controversias particulares o contingentes. Ambas rompen el aislamiento de los científicos o expertos respecto al saber profano. Ambas crean una situación artificial donde se crean condiciones de diálogo entre actores y saberes enteramente diferentes. Ambos apuntan finalmente a conseguir una suerte de epifanía, la “conversión” en el caso del primero, el “mundo común” en el caso del segundo. Ambos, la IS y el FH, en cierto modo teatralizan las relaciones con conflictos sociales, y lo usan como fuente de conocimiento.

Pero así como hay ciertas similitudes entre la IS y los FH, las hay también entre la “sociología de la acción” (SA) de Touraine y la ANT de Latour, ya en el plano que podríamos llamar epistemológico.

La ANT se ubica claramente en el campo de la que se ha dado en llamar “sociología pragmatista”, en oposición a la “sociología crítica” de Pierre Bourdieu. Esta última entiende la sociología como el proceso de descubrir lo objetivo que se oculta tras lo subjetivo, de ir más allá de las apariencias y descifrar lo que hay de oculto en el discurso de los actores para comprender así su marco general de comportamiento. La “sociología pragmatista”, en cambio, asume que su finalidad es simplemente describir las relaciones, redes y lógicas de justificación a base de las cuales se despliegan los actores. Esta, digámoslo así, se “toma en serio” y literalmente lo que dicen los actores, y evita escrupulosamente —aunque no siempre con éxito— cualquier generalización o extrapolación. Es lo que hace por ejemplo Luc Boltanski, uno de los exponentes de esta corriente, cuando observa cómo los individuos despliegan su capacidad crítica ante disputas y conflictos que ponen en entredicho el poder de coordinación, y cómo se las arreglan para fabricar acuerdos que les permitan restablecerlos¹²: su foco en este caso es observar cómo los propios actores verbalizan, denuncian, interpretan, evalúan, juzgan y llegan a acuerdos, sin tomar todo esto como apariencias o meras ideologías bajo lo cual reposa una verdad a la que solo el sociólogo puede acceder.

12. Boltanski Luc y Thévenot Laurent, *De la justification. Les économies de la grandeur*. Paris: Gallimard, 1991.

Fiel a la sociología pragmatista, para la ANT no hay nada llamado sociedad, ni movimientos sociales, ni explicación social. Solo hay redes y conexiones, y son estas las que mantienen unido lo colectivo. La sociología, por ende, no tiene por objeto definir u ordenar lo social: esta es una tarea que debe ser dejada a los actores mismos.

La SA comparte algunos elementos con la sociología pragmatista —y por esta vía, con la ANT y la sociología de la justificación de Boltanski—. Lo hace cuando se representa a la sociedad como “un campo de creación conflictual” (Touraine), como el producto del trabajo de los actores y no el resultado de fuerzas exteriores o garantes meta-sociales. También cuando define a los actores mismos no a partir de su posición en la “estructura social”, ni en función de su estatus o función, sino a partir de sus propias acciones, de su disputa por el control de las orientaciones culturales.

La SA comparte con la sociología pragmatista otra cuestión fundamental: la noción que “los actores son capaces de dar cuenta de sus acciones y de sus situaciones, que ellos tienen una conciencia de su entorno social, que ellos pueden expresar sus propósitos, tomar distancia y retomar, analizar y explicar sus conductas, en breve, que no son entes vacíos y solamente el producto de su posición”¹³. La SA, de hecho, presta una delicada atención a los actores mismos y a su capacidad de autoanálisis. Es en ello, finalmente, que hace recaer la verificación de las hipótesis levantadas por los sociólogos.

De hecho, las críticas de las que han sido objeto la SA y la IS, de una parte, y la ANT y los FH de la otra, son bastante semejantes. Se les acusa, entre otras cosas, de pasar por alto la distancia entre el analista y su objeto de conocimiento. De otorgar representatividad a grupos pequeños formados por militantes u organizadores sociales, que son los que participan en instancias como la IS y los FH. Se les acusa también de crear situaciones artificiales donde es fácil la manipulación. Y se les critica, sobre todo, por ser metodologías que no cuestionan el sistema y las estructuras como tales, sino que reflexionan a partir de ellos promoviendo la adaptación a los mismos —se les cuestiona, en otras palabras, por ser reformistas y no revolucionarias.

La circunstancia de compartir una misma crítica subraya las similitudes que hay entre la SA y la IS, de una parte, y la sociología pragmatista,

13. Cousin y Rui, *op. cit.*

la ANT y los FH de otra. Pero hay sin embargo una diferencia que no se puede pasar por alto: que fiel a la época en que surgió —los años setenta del siglo pasado—, la SA posee aspiraciones e intenciones que son muy ajenas a las corrientes pragmatistas, como es ampliar la conciencia de los actores de sus propias prácticas, y por esta vía multiplicar su capacidad de acción. La ANT tiene algo de eso, como es la “composición de un mundo común”, pero en un tono mucho más modesto, teñido por el escepticismo de una época alejada de los grandes relatos y de las utopías. A pesar de esto, las similitudes entre ambos enfoques son mucho mayores que sus diferencias.

Al revisitar la investigación que dio lugar a este libro, hace ya 30 años, lo que constato es la curiosa continuidad que hay entre aquella y lo que ha sido mi trayectoria intelectual, política y profesional desde entonces. Como lo he tratado de explicar en estas notas, la IS con los pobladores nos condujo a conclusiones que, en lo personal, resultaron clave en lo que respecta al menos a mi contribución a la estrategia que puso fin a la dictadura: ella confirmó, en efecto, que no había una fuerza social a base de la cual embarcarse en experimentos insurreccionales, y que la salida pasaba por recuperar un sentimiento de dignidad y de comunidad a través de la participación en el plebiscito. En lo intelectual, la experiencia de la IS le dio método a una intuición previa, seguramente gestada al calor de la educación popular de Paulo Freire: que el conocimiento se fabrica desde abajo y con los propios actores.

Muchos años después, a comienzos de esta década, me encontré con el pensamiento de Bruno Latour y la ANT, lo que me permitió conocer la experiencia de los FH. De hecho, mi práctica profesional de los años recientes ha estado muy marcada por esta teoría. Es fácil entender por qué: porque como he tratado de exponerlo en esta nota, el enfoque de Latour tiene múltiples conexiones con la SA y la IS y, por consiguiente, con la investigación acerca de los pobladores que realizáramos a mediados de los años ochenta del siglo pasado. Esto prueba que la vida es circular y lo lleva a uno a volver siempre a sus orígenes.